

AMERICA ES NOMBRE DE MUJER

Vannesa Fonseca *

El nominar ha sido, en algunas de las mitologías y las historias humanas, una manera de exorcisar la dispersión del universo infinito. Nombrar es concretar y -desde una perspectiva mágica- también poseer. En el Génesis maya -quiché se narra una creación dialogada entre la palabra, Tepeu y Gucumatz. Por su parte, la tradición judeo-cristiana cuenta la historia de un Paraíso donde el hombre toma posesión del entorno mediante la tarea de nominar.

El acto de nombrar, como práctica semiótica productora de sentidos, puede también evocar al objeto en su ausencia. De ahí que entre los pueblos griegos primitivos, encontremos la creencia popular de que “las palabras exactas tenían un poder, de alguna manera mágico, sobre la realidad. El que posee la palabra adecuada de una cosa, posee y domina la naturaleza y las operaciones de la misma”¹. Muchas son las perspectivas que desde los filósofos griegos hasta los semiólogos actuales se han generado sobre el poder de la palabra. Algunos se inclinan por la perspectiva mágica en sí, otros prefieren inventar un arte con ella que les permita persuadir -como los sofistas-, otros siguen considerándola engañosa frente a una adecuación a “lo real”. Arbitrariedad o naturalidad, magia o simple sofisma, mimesis o “realidad”, la nominación combina tanto una actitud poética como una voluntad de poder. Y es en ese impasse en el que vamos a nombrar a América... No hay territorio en el mundo que haya tenido una nominación tan variable como el continente americano. Africa ha sido desde siempre Africa. Pero América, y sobre todo la América al sur del Río Grande,

¹ Mauricio Beuchot *Aspectos históricos de la semiótica y la filosofía del lenguaje*. México:UNAM.1987. p.14.

muda su nombre desde que fue atisbada por los europeos, sus nominadores.

Si bien es cierto que el continente tiene una historia anterior al descubrimiento, este episodio modificó completamente el curso de lo que hasta ese entonces había ocurrido. La América Antigua, como la llaman algunos, o la Pre-colombina, como la llaman otros, no se puede pensar como una unidad. Si aún hoy no se puede imaginar una unidad americana más que en los discursos políticos o en las esperanzas de los tratados de libre comercio, o en fantasma de la globalización, mucho menos se puede imaginar un nombre para aquellas tierras aún no vistas. No en vano, en el primer mapa europeo con el nombre de América, coexisten éste junto con las expresiones Tota ista provincia inventa est per mandatum Regis Castelle (Toda esta provincia fue hallada por orden del Rey de Castilla ²) y Terra ultra incognita (Tierra ultra desconocida).

El nombre de América apareció por primera vez en 1507, en la Universalis Geographia Secundum Ptholomaei Traditionem et Americi Vespuccii Alioruque Lustrationes publicada por Martin Waldseemüller en Estrasburgo. Es interesante evidenciar que, ya desde el primer mapa donde aparece el nombre de América, existe una plurinominación y además, el nombre se ubica en la parte sur del continente... más específicamente en lo que hoy se conoce con el nombre de Suramérica. Posteriormente, la expansión del uso de América como apelativo para referirse a las nuevas tierras se va a empezar a perfilar aún más. En este caso, es Gerardo Mercator quien empieza a hacer la distinción entre la América Septentrional y la Meridional en su mapa mundi de 1538, distinción que marca el inicio de lo que será después la América del Norte y la América del Sur.

Daniel Boorstin señala en relación con el cartógrafo que “era parte de la idiosincracia de

² El verbo latino *invenio* significa tanto encontrar, hallar, descubrir, como inventar conseguir o adquirir.

Waldseemüller su afición por la invención de nombres". Curiosamente, esta actitud poética de Waldseemüller establece en nuestra nominación un matiz genitivo. En la Introducción a su Cosmografía justifica la razón de nominar a América de esa manera : Puesto que Europa y Asia recibieron nombres de mujeres, no veo ninguna razón por la que alguien pudiera oponerse a que llamáramos Amerige a esta parte del mundo [del griego ge, que signiica "tierra de"] ,es decir, la tierra de Américo, o América por su descubridor Américo un hombre de gran talento.³

Siguiendo la actitud mágica anteriormente señalada , Waldseemüller nominó a América con el nombre de su veedor. Al nominarla la posee, de ahí que la existencia de América sea paradójica. El bautismo de nuestro continente nos lleva a enfrentar, por una parte, el hecho de que no tenemos existencia como totalidad sino desde la mirada y el deseo del otro⁴ y por otra, que el decir América es un desdecir condenado por la presencia ausente de la alteridad. Decir América es decir el otro, el ojo que la ve, decir América es decir "tierra de". En consecuencia, decir América es no decirlo es negarla en una situación de poder que se manifiesta como un sentido de pertenencia del veedor en relación con lo mirado. La identidad, condición de toda nominación, es en el caso de nuestra América más bien la evidencia de su ancilaridad.

Antes de analizar las consecuencias de la nominación del continente, es necesario detenerse en este exceso nominativo introducido por Martin Waldseemüller. El mapamundi de 1507 representa un perfil del continente americano donde sobresale el mayor tamaño de la América del Sur frente a la

³ Daniel Boorstin. **Los Descubridores**. Mexico: Grijalbo. 1992 p. 253

⁴ Ver Vanessa Fonseca *Visión y trazo de América: la erotización del continente* en Revista Reflexiones. Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Costa Rica. No. 30 Enero de 1995 p. 3-13.

menos explorada América del Norte. Sin embargo, en la parte superior del continente se lee también Terra ulteri incognita en letras más pequeñas. La plurinominación solo se presenta en la parte sur del continente y lo que vale la pena señalar es que esa primera y larga frase “Toda esta provincia fue descubierta/encontrada/creada por mandato del Rey de Castilla” es más densa de lo que parece.

La promesa de tierras más allá del mundo conocido había estado en el imaginario europeo desde tiempos muy antiguos. Sugerida por Homero en la Odisea, conjurada por Platón en la utópica Atlántida, vaticinada por Séneca en Medea, soñada por Plinio el Viejo en las Antípodas, el sueño siniestro de una tierra al borde, más allá de donde se pliega el Ecumene había angustiado a la Antigüedad greco-latina y a la Edad Media lo suficiente como para que Colón se empeñara en buscar a las Indias por solo el placer de tropezarse con ellas...

Del continente americano se puede decir que fue descubierto en el sentido de re-velado, pero este descubrimiento habría que entenderlo en términos de invención. Ya señalaba Edmundo O’Gorman que el ser atribuido a América como “cuarta parte del mundo” no es sino el modo de enunciar la posibilidad del sentido que esa fórmula debe tener dentro de la nueva imagen del mundo que ella misma suscitó.(...) esa atribución de ser sirvió de puente para que las nuevas tierras pudieran aparecer como un ente constituido ya en un ser, pero abierto, a su vez, a la posibilidad de adquirir el sentido que le corresponde dentro del marco de la significación de la nueva imagen de la realidad.⁵

Es decir, el ser geográfico de América se inventa, se revela y crea. Esto supone que la invención de América no solo va a programar la lectura que de ella se haga en los primeros años del proceso de “descubrimiento” y conquista sino que, paradójicamente, va a seguir determinando la

⁵ Edmundo O’Gorman *La invención de América* México:FCE. 1958 p. 75-76

historia de la idea y con ella del nombre de América⁶. La cuarta parte del mundo ha visto escenificadas en el transcurso de la historia una serie de invenciones en torno a su “realidad”. Del fantasma de las Indias a la alucinación del Paraíso Terrenal, de las puertas del Infierno a El Dorado, de la América de Bolívar al Panamericanismo, de la Alianza para el Progreso a las revoluciones socialistas, de la Cumbre de las Américas a la Globalización, la historia de nuestra América ha sido el gran teatro de los sueños y pesadillas, primero del Occidente cristiano, luego, de la no menos versátil tradición onírica americana.

Por otro lado, a esa invención de América como espacio de re-presentaciones se aúna otra condición, la de terra incognita. Se constituye entonces, a la vez, como espacio ambiguo donde se cruzan la invención-creación de su ser geográfico e histórico -en primera instancia- y en un segundo momento como una superficie susceptible de ser aprehendida y por ello también aprendida. Lo no conocido es un espacio virtual ante el que se asume una voluntad de poder. Esta se establece en íntima relación con la voluntad de saber que apunta, por un lado a la invención y por otra a la delimitación o perfilamiento de un espacio susceptible de ser dominado. Es decir, América se constituye desde el mismo acto de su nominación como un espacio de relación de fuerzas donde se dan cita tanto una voluntad de ilusión o una poiesis como una voluntad de poder.

Esto se evidencia más claramente en el estrecho diálogo entre la mitologización de América y la exploración geográfica del continente. A pesar de que el discurso de Colón siempre se ha leído como prueba del no-conocimiento de América como un continente diferente, algunos críticos evidencian su información sobre los viajes de los vikingos o de algunos reveladores naufragios de

⁶ Cfr Miguel Rojas Mix *Los Cien nombres de América*

marinos portugueses más allá de las Islas Canarias.

El caso de la Carta Marina de Zuane Pizzigano fechada en Venecia en 1424 es un buen ejemplo de ese doble estatus de la América virtual como espacio de relación de fuerzas, por una lado, y por otro como elemento centrípeto en la exploración del mundo . En ella se cruzan tanto los mitos de la Atlántida platónica , la leyenda portuguesa de las Siete ciudades (tradicción del s. VIII que narra la fundación de una ciudad en una isla en el Atlántico por varios obispos portugueses que huían de las invasiones de los árabes a la península Ibérica. La isla abundaba en riquezas materiales.), como la verosimilitud de las navegaciones de los portugueses, ya por azarosas tormentas , ya por tormentosas curiosidades tendientes a conocer mares e islas nunca antes vistos por los ojos de Europa.

Kenneth Nebenzahl señala que el hijo de Colón, Fernando, menciona en la biografía de su padre que el Almirante obtuvo información en Portugal, “particularmente sobre aquella isla llamada Antilia que se ubica a 200 leguas al oeste de las Canarias y las Azores.”⁷ y más adelante agrega :”Cristóbal Colón raramente cuestionó información especulativa si se inclinaba a confirmar su teoría de navegar hacia el oeste para encontrar “Cathay”(China) . Los cartógrafos que siguieron a Pizzigano continuaron con la imagen de la isla en el Atlántico. Inclusive, Colón incluyó una parada en “Antilia” en su itinerario camino a Cipangu (Japón) y China.

La mitológica isla de “Antilia” es a la vez el primer atisbo del perfil de América como un no lugar. Recordemos que tanto la exposición de Platón sobre la Atlántida como la leyenda portuguesa de las Siete Ciudades le atribuyen a este no- lugar condiciones de abundancia material, prosperidad y de libertad espiritual. Simbólicamente, la isla es un refugio, es un espacio de regeneración, es, por

⁷ Kenneth Nebenzahl *Atlas of Columbus and the Great Discoveries*. Italy: Rand MacNally 1990 p. 9

excelencia, el símbolo del centro espiritual primordial. Está separada del mundo y eso le da un carácter de espacio diferenciador⁸. Por otra parte, la mujer y la isla se unen en lazos simbólicos. Ambas se conciben como espacios susceptibles de ser conquistados, donde se guardan misterios, recompensas espirituales, tesoros, en fin, lo inesperado. Algunas islas de diferentes tradiciones mitológicas también están habitadas por mujeres.

Existe entonces una mitologización del espacio virtual posteriormente nominado como América, pero esa mitologización tiene consecuencias que van más allá de su condición imaginaria o simbólica. En el caso de América el mito impulsa a la re-velación, al descubrimiento pero, a la vez, esa re-velación se constituye en extrañamiento, en una danza de los velos donde América se perfila como signo, es decir, como una presencia diferida.

Por otro lado, las exploraciones de los vikingos hacia el este y la veracidad de sus visitas al futuro continente americano ponen en juego otra mitologización: Vinlandia. La existencia de una isla paradisiaca, pródiga en alimentos y animales situada en algún lugar más allá de las frías tierras de Groenlandia era entonces una tradición paralela que bien pudo aunarse a las ya citadas historias de una isla alucinante latiendo en el horizonte. Las historias sobre Vinlandia eran bien conocidas en la alta edad media y podrían rastrearse hasta las tradiciones celtas que ubicaban su “otro mundo” en una isla hacia el oeste o el norte...⁹ Sin embargo, no es hasta 1965 que se publica un mapa fechado ca. 1440¹⁰ en el que se puede observar en la parte superior izquierda, el diseño de una isla de tamaño

⁸ Jean Chevalier y Allain Gheerbrant *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder. 5 ed. 1995. p. 595-96.

⁹ Loc. cit.

¹⁰ P.D.A. Harvey *Medieval Maps* Toronto: University of Toronto Press. 1991 p. 61

considerable y al lado una anotación que indica Vinlanda Insula.

Sin haberse asomado aún en las pupilas de los europeos del Occidente cristiano, América se había venido perfilando en los relatos de los marinos, en las hipérboles de los náufragos, en los sueños de los utopistas, en las angustias de los perseguidos, en las alucinaciones de los milenaristas, en fin en el imaginario de Occidente que puso en ella no solo su Paraíso , sino también su Infierno...

El valor de América en la economía significativa de la episteme anterior a su aparición en el horizonte es equivalente al de la Isla mítica , y confundida con ese centro espiritual primordial, genera , simultáneamente, dos movimientos diametralmente opuestos. La diáspora de la Europa de Hierro hacia el encuentro con la Edad de Oro y por otro la obsesión moderna de la conquista y expansión del Occidente cristiano.

En este sentido, la invención de América, tal y como lo señala Fernando Ainsa, constituye a la vez un elemento estabilizador/desestabilizador del imaginario occidental: La invención lleva en sí un dispositivo de desestabilización, perturbación y subversión del orden aceptado, cuya intensidad se mide en función de la capacidad innovadora que conlleva. La recepción de la invención supone, pues, un reajuste de legitimidades y en la medida en que es auténticamente innovadora, inevitables roces y desmentidos se producen en la deconstrucción del estatuto al que se integra.¹¹

En síntesis, ya desde antes de atisbar a América en el horizonte, las condiciones del imaginario europeo medieval la deseaban.. Los mitos de la Fuente de la Eterna Juventud, El Dorado, Las Amazonas, las Siete Ciudades de Cíbola, fueron impulsores de muchas expediciones. La invención

¹¹ Fernando Ainsa **De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano.** México: Fondo de Cultura Económica. 1992. p. 33-34.

de América, de su ser geográfico y de su ser histórico, no puede entonces desligarse de una voluntad de poder y en última instancia de una voluntad de ilusión.

A partir de aquí se facilita la comprensión de América como signo que representa lo presente en su ausencia. El carácter genitivo de América le da un estatus dependiente de la mirada del veedor, Vesputio. Al decir América decimos el nombre de su veedor y reescenificamos su genitividad. Al nominar a América exorcisamos la pluralidad del continente en la alucinación de la totalidad de un nombre, del nombre de una mujer (tierra de Américo) que debe su existencia a la mirada deseante del otro...

El nombre de América si bien recuerda el nombre de su veedor es la evidencia del olvido sobre el objeto o el fenómeno que significa. Solo a partir de ese olvido se podía resemantizar esa tierra incógnita en una América-concepto silenciadora de su multiplicidad, de su fragmentariedad, en fin de su diferencia. La Tierra de Américo no dice nada de sí. América es signo del olvido del continente en la omnipresencia de su veedor. Waldseemüller nominó a este continente en honor al florentino y en la memoria de su nombre hizo del nombre de América una lápida para su propia significación. De esta manera, América se presenta como una re-velación de carácter ambivalente. Por un lado, surge como unidad a partir de la mirada del otro, y por otra, al ser una presencia diferida es la re-petición de su inexistencia, la afirmación de la tierra de Américo es la negación de sí.

En su Carta Américo Vesputio señala: llegué a la parte de las Antípodas, que por mi navegación es la cuarta parte del mundo (...) Conocimos que aquella tierra no era una isla, sino continente, porque se extiende en larguísimas playas que no la circundan y está llena de innumerables

habitantes (...) Yo he descubierto el continente habitado por más multitud de pueblos y animales que nuestra Europa, o Asia o la misma Africa y he hallado que el aire es más templado y ameno que en otras regiones por nosotros conocidas(...) De este continente una parte está en la zona tórrida, más allá de la línea equinoccial hacia el polo antártico.¹² En este fragmento se revela la ambigüedad que genera el surgimiento de América en el horizonte del Occidente cristiano. Vespucio necesita situar el espacio de sus navegaciones dentro del mundo conocido por sus lectores. Para ello recurre a dos expresiones que lejos de aclarar más bien evidencian la confusión que supone referirse a un lugar innominado y cuya irrupción en la realidad medieval lejos de corroborar el orden establecido, más bien lo hace estallar. Estas dos topologizaciones son Las Antípodas y la cuarta parte del mundo .

Los cartógrafos griegos concibieron el término Ecumene para referirse a la gran isla que constituía el mundo conocido y habitable . Estaba rodeada por mares y separada de ella se encontraba otra isla denominada Antichthon o las Antípodas. La Ecumene ocupaba entonces la parte superior de la esfera del mundo; las Antípodas, la inferior. Algunos cartógrafos consideraban que esta zona era inhabitable debido a las extremas condiciones climáticas y además suponían que si la tierra era redonda, el hombre de las Antípodas iba a estar cabeza abajo. Esto evidencia, entre otras cosas, el etnocentrismo al asumir que la parte de arriba de la esfera es la posición válida...

Lambert de St. Omer, durante la Edad Media, se refirió a las Antípodas y a sus habitantes :
“La región está habitada no por humanos sino por extrañas criaturas llamadas Antípodas cuya anatomía se ha visto distorsionada por la rudeza del clima”. Lambert también sugiere la existencia de

¹² Consuelo Varela Bueno **Americo Vespucci. Un Nombre para el Nuevo Mundo.** Madrid: Anaya. 1988. p.62-64.

dos o más continentes desconocidos, islas en la Mar Oceana, una en el hemisferio norte y la otra en el sur.¹³

Se constituyen así en una especie de contramundo, donde tanto la naturaleza como el hombre son extremos, deformes, monstruosos, es decir, diferentes . Existe, entonces una duplicidad en el uso del término, por un lado, se refiere a un espacio geográfico y por otro alude a los seres que habitan en él. Las controversias en el mundo antiguo y posteriormente en la Edad Media sobre la existencia de estas tierras y su habitabilidad son también antecedentes que marcan para América una discusión sobre el estatus de su naturaleza y la de sus habitantes.

Autores como Plinio el Viejo, San Agustín de Hipona e Isidoro de Sevilla se dieron a la tarea de dilucidar el problema de las razas o pueblos monstruosos. Plinio el Viejo hace una clasificación de las razas monstruosas basado en diversas fuentes. San Agustín, por ejemplo, se refiere a su condición de hijos de Adán y por tanto ciudadanos virtuales de la Jerusalén terrena.¹⁴ Isidoro de Sevilla se refiere a las razas monstruosas en el libro XI de sus Etimologías. En este caso, explica las razas monstruosas en términos de signos de la voluntad divina y como anuncios de los tiempos por venir. Siguiendo la etimología latina, afirma que monstruo viene de monstrare, que significa evidenciar algo señalándolo antes de que aparezca. Asegura que un portento o monstruo tiene un origen divino, ya que Dios desea indicar o revelar los eventos que están por venir por medio de la deformidad de ciertos seres.¹⁵

Por otro lado, la referencia a la cuarta parte del mundo no solo supone desmentir el discurso

¹³ Lloyd A. Brown *The Story of Maps* New York: Dover. 1979.p. 96

¹⁴ San Agustín *La Ciudad de Dios* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. 3 era. ed 1978. p. 249. Libro XVI, 8.

¹⁵ John Block Friedman *The Monstrous Races in Medieval Art and Thought*. USA:Harvard University Press. 1981. p. 112.

oficial de la Iglesia que había repartido el mundo en tres, siguiendo la lógica del microcosmos y el macrocosmos (Trinidad/Mundo) y la maldición de Noé, sino que también, al desestabilizar la noción de Ecumene como centro, introduce la evidencia de la alteridad en términos de novedad, en términos de vértigo.

Roberto Murillo, refiriéndose a la Trinidad como la metáfora por antonomasia afirma: La Trinidad es a la vez el regreso al origen desde la mediación del camino, la incisión del número como inteligencia en la continuidad de la vida, la penetración profunda de lo masculino en lo femenino¹⁶ Y más adelante agrega: La inserción de la nada en la continuidad del ente (o viceversa), se empareja con la penetración masculina en lo femenino. La presencia del cuarto elemento, de este factor diabólico femenino que perturba la armonía del hombre- dios, enriquece a la trinidad agregándole una tercera dimensión, pero igualmente le resta una perfección, al introducir de nuevo la diferencia en la forma ya lograda. La trinidad, metáfora suprema del ente en conjunto, del infinito en acto, es sustituida por la cuaternidad, símbolo erótico de la diferencia ontológica, de la nada que irrumpe entre el ente y el ser, del infinito potencial propio de la finitud humana.¹⁷

Es decir, siguiendo un modelo o estructura muy común en el pensamiento mítico, en algunas ocasiones, las trinidades se convierten en cuaternidades donde el cuarto elemento (estabilizador/desestabilizador a la vez) es femenino. En el caso de la visión tripartita del mundo predominante en la Edad Media, las tres partes restantes (Europa, Asia y Africa) son representaciones femeninas. Sin embargo, si bien su presencia gráfica evidencia un cuerpo de mujer, su economía

¹⁶ Roberto Murillo *La Forma y la Diferencia*. San Jose: Ed. Universidad de Costa Rica 1987. p. 287.

¹⁷ Op. cit. p. 289.

significante apunta a otra cosa.

Esa Tierra sin nombre, sin América, como hubiera dicho Pablo Neruda, se instala entonces en la periferia del mundo habitable/conocido y se constituye , al mismo tiempo, en el espacio del porvenir de las ilusiones de Occidente como en la materialización de sus pesadillas más siniestras. Paraíso e Infierno, India violada y Amazona, la tierra de Américo se constituye en un espacio de ambivalencia que va a poner en escena relaciones de poder.

En un mapa mundi de Petro Plancio fechado en 1594 se puede distinguir claramente esta economía que va desde una lógica logocéntrica que privilegia ciertos espacios en el texto, hasta la atribución de símbolos derivados de esa misma lógica a cada una de las figuras. La alegoría de Europa, por ejemplo, dueña y señora de la civilización, ostenta los atributos tradicionales de poder: “una corona simboliza su papel de reina, un cetro su poder temporal... el orbe que simboliza el dominio del Cristianismo sobre todo el mundo, los libros y los instrumentos musicales denotan sus logros, las armas enfatizan su poder militar .¹⁸ Europa se enfrenta en las ilustraciones de los mapas del siglo XVI frente a una América desnuda, en posición pasiva y armada de los símbolos de la barbarie (el arco y la flecha).

No menos privilegiada es la alegoría de Asia, ubicada en el mismo mapamundi en la esquina superior derecha. Sus tradicionales atribuciones, la riqueza en piedras preciosas y en especias refuerza su situación de poder. Europa y Asia ricamente vestidas y plenas de atribuciones de dominación. Africa y América, por otro lado, aparecen desnudas, sentadas ambas de forma muy relajada sobre

¹⁸ Clare Le Corbeiller *Miss America and her sisters: Personifications of the Four parts of the World*. The Metropolitan Museum of Art Bulletin. Vol XIX, Num. 8, Abril 1961. p. 208-223.

animales y portando arcos y flechas. Sin embargo, en el caso de América, la barbarie se ve reforzada por parrilladas de extremidades humanas y las chozas de la América Mexicana y Peruana se opacan ante la geométrica infraestructura de la pirámides en Africa.

A pesar de que los cuatro continentes son representados por figuras femeninas, la lógica que se escenifica manifiesta claramente una dominación de categorías logocéntricas como el saber, el poder, la religión frente al caos, la naturaleza y la ausencia de elementos civilizantes en el caso de América. Por otro lado, la economía espacial en la ubicación de las cuatro representaciones también privilegia la lógica arriba-abajo. Esta economía es muy particular de Occidente tal y como lo señalan Lakoff y Johnson: “No todas las culturas conceden prioridad a la orientación arriba-abajo como lo hacemos nosotros. Existen culturas donde el equilibrio o la centralidad desempeñan un papel mucho más importante que en nuestra cultura.(...) Para nosotros activo es arriba y pasivo es abajo en la mayor parte de las cuestiones. Pero existen culturas en las que la pasividad se valora más que la actividad.”¹⁹ Es decir, tanto los elementos ornamentales como la economía espacial están en función de una escena de relaciones de poder donde América y Africa se encuentran en desventaja frente a Europa y Asia , pero donde la comparación entre América y Africa refuerza la negatividad de la primera.

La semiosis que se produce en torno a la cuarta parte del mundo puede ser mejor explicitada por la tríada semiótica propuesta por Charles Sanders Peirce. América como proceso de significación es el resultante de la interacción entre el representamen, el interpretante y el objeto. Siguiendo a Peirce en su concepción tripartita de la semiosis : Un signo representa algo para la idea que produce o modifica... Aquello que representa se llama su objeto; aquello que trasmite , su significado; y la idea a

¹⁹ George Lakoff y Mark Johnson **Metáforas de la vida cotidiana**. Madrid: Cátedra.1991.p. 63.

la que da origen es su interpretante .Y agrega en otro lugar:

El significado de una representación no puede ser otra cosa que una representación. De hecho, no es sino la representación en sí, concebida como despojada de sus vestiduras menos relevantes. Pero dichas vestiduras no pueden eliminarse del todo: simplemente se las sustituye por algo más diáfano. Así se da una regresión infinita. Por último, el interpretante no es sino otra representación a la que confía la antorcha de la verdad: y como representación tiene, a su vez, su propio interpretante. Y ahí tenemos otra serie infinita²⁰.

América, en tanto resultante de un proceso de semiosis, es una serie infinita de representaciones donde una ausencia necesaria sobre el objeto primordial da paso al signo como presencia diferida. América como resto, como diferencia, no se produce en la relación saussureana entre significante y significado , sino en la alucinación que supone la serie infinita de representaciones vislumbrada por Pierce. América no como signo, sino como proceso, es más comprensible en el carnaval siniestro que va desde el Buen Salvaje al Buen Revolucionario y de la Amazona a la India violada.

La economía sónica presente en el nombre de América no es sino la escenificación de ese olvido primordial sobre su genitividad. América es representación de las alucinaciones de Europa, es el olvido de sí misma bajo la mirada deseante y febril de su veedor. Las alegorías de América, en este sentido, funcionan desde la perversión de la imagen que proyecta todo espejo: la re-petición de una representación se convierte en el simulacro de la presencia, sin llegar nunca a serlo.²¹

²⁰ Umberto Eco *Tratado de Semiótica General*. Barcelona: Lumen 4ta ed. 1978.p. 121

²¹ Siguiendo esta misma lógica, gran parte de la toponimia americana antigua y “moderna” funciona en esa relación especular: Nueva York, Nueva España, Venezuela, Córdoba, etc.

El mito del objetivismo supone que la realidad es real en sí misma y que está compuesta por propiedades a las que el ser humano accede mediante un instrumento transparente denominado lenguaje. Desde esta perspectiva, los procesos de significación son analizables como procesos de validación de enunciados que establecerían una correlación directa entre la realidad y el lenguaje. En otras palabras, el significado es objetivo y comprobable a partir de categorías como verdad/mentira.

Por otra parte, Nietzsche afirma que el lenguaje es una función de relación entre las cosas y el hombre. Creemos saber algo de las cosas mismas cuando hablamos de árboles, nieve y flores y no poseemos, sin embargo, más que metáforas de las cosas, que no corresponden en absoluto a las esencialidades originarias... Todo lo que distingue al hombre frente al animal depende de volatilizar metáforas intuitivas en un esquema, esto es, disolver una imagen en un concepto...²²

Esto nos lleva a repensar la idea y el nombre de América en tanto proceso de semiosis fundamentado en una actitud metafórica. Si la metáfora funciona, por la lógica de la similitud, y tal y como afirman Lakoff y Johnson es una manera de establecer similitudes tendientes a construir una manera particular de comprender o entender, en fin, una manera de definir nuevas realidades, es decir, si hacer metáforas es comprender un hecho en los términos de otro;²³ bien se podría afirmar que existe un proceso metafórico en la nominación de América en la medida en que su sola mención es la puesta en escena de un juego de relaciones de poder donde el ser de América deviene de su condición de pliegue palpitante en el horizonte frente a las sedientas pupilas de su veedor. Es la presencia diferida de un proceso de olvido donde se ha privilegiado y seleccionado un determinado conjunto de datos que

²² Friedrich Nietzsche Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral. En **Philosophy and Truth. Selections from Nietzsche's Notebooks of early 1870's**. London: Humanities Press International 1994.

²³ Lakoff y Johnson Op. cit. p. 36.

conforman una representación que a su vez, temporalizada o espacializada va generando nuevas representaciones en serie hasta el infinito.

El nombre de América, en tanto metáfora, es la síntesis de un espacio de tensiones en cuyo movimiento se genera esa diferencia que hace estallar la estabilidad aparente de la relación entre significante y significado. Representación de la representación, la imagen de América es también la inquietante desnudez de un olvido. América - ícono, complaciente y amenazante entre la paradisiaca vegetación y el banquete de miembros humanos, es ante todo una manera de comprender y vislumbrar las relaciones de Europa con su otro, con la ambivalente imagen del espejo. Y es en ese olvido fortuito sobre esa metáfora primordial, como se la asume como la cosa en sí.

_De dónde le viene entonces a América su nombre de mujer? _De la sutil seducción de superficialidades que se insinúan en la América-Ícono? _De su desnudez y pasividad? _De su genitividad nominal? _De su condición desestabilizante del Ecumene Trinitario?

Quizá estas preguntas no son más que re-peticiones de otra gran metáfora de Occidente, la invención de la mujer como concepto y de la feminidad como su función. Tratar de responderlas sería quizá más sencillo, porque nos llevaría por los senderos transitables de esas metáforas petrificadas que por usuales, se toman como verdades... Tomar distancia de ellas permitiría, tal vez, disfrutarlas como disfrutó Odiseo del canto de las sirenas sin abrazarse a ellas. Si se tomara entonces esa función estética, esa voluntad de ilusión frente a las preguntas, no saltaría de una vez el enigma hispanoamericano, como lo llamaba Martí, como verdad inexorable.

En el proceso de comprensión del mundo, la idea y el nombre de América son independientes

de la cosa en sí, pero resultantes de una metamorfosis de ese mundo , mediante una voluntad de ilusión , en el anverso de un antropomorfismo inicial. Como señala Nietzsche, en el fondo, la metamorfosis del mundo en los hombres; lucha por una comprensión del mundo como una cosa de especie humana y se consigue, en el mejor de los casos, el sentimiento de una asimilación²⁴ Si mediante esa voluntad de entender el mundo desde un centro arbitrario que sería el hombre (entendido en su designación genérica homo y no sexuada vir), resulta de ello una relación de poder que va más allá de la silueta femenina de los cuatro continentes y de la insinuante desnudez de nuestra América.

El nombre de América como nombre de mujer no tendría una economía de valor sexual sino que más allá de su valor de uso, remitiría a una relación de cambio. Es decir, pensar las relaciones de los continentes desde la lógica predicada por su iconografía pone en escena las tensiones de Occidente para definirse a sí mismo a partir de los temores e ilusiones que lo seducen desde su sombra.

Pensar a América como nombre de mujer no es entonces atribuirle al continente un esencialismo femenino, dejándose llevar por la adecuación plácida del significado y el significante. Pensar a América como nombre de mujer es insertarla como diferencia en un proceso de significación que entraña una voluntad de poder. Y desde esa voluntad de poder, que es a la vez voluntad de ilusión, nombrarla para negarla a la vez permite seguirla soñando...

BIBLIOGRAFIA

Ainsa, Fernando **De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano.** México: Fondo de Cultura Económica. 1992.

Beuchot, Mauricio **Aspectos históricos de la semiótica y la filosofía del lenguaje.** México: UNAM. 1987.

²⁴ Nietzsche Loc cit.

Block Friedman, John **The Monstrous Races in Medieval Art and Thought**. USA:Harvard University Press. 1981.

Boorstin, Daniel. **Los Descubridores**. Mexico: Grijalbo. 1992

Brown, Lloyd A. **The Story of Maps** New York: Dover. 1979.

Chevalier, Jean y Gheerbrant, Allain **Diccionario de los símbolos**. Barcelona: Herder. 5 ed. 1995.

Eco, Umberto **Tratado de Semiótica General**. Barcelona: Lumen 4ta ed. 1978.

Fonseca, Vanessa **Visión y trazo de América:la erotización del continente** en Revista Reflexiones. Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Costa Rica. No. 30 Enero de 1995

Harvey, P.D.A. **Medieval Maps** Toronto: University of Toronto Press. 1991

Lakoff, George y Johnson, Mark **Metáforas de la vida cotidiana**. Madrid: Cátedra.1991.

Le Corbeiller, Clare Miss America and her sisters: Personifications of the Four parts of the World. The Metropolitan Museum of Art Bulletin. Vol XIX, Num. 8, Abril 1961. p. 208-223.

Murillo, Roberto **La Forma y la Diferencia**. San Jose: Ed. Universidad de Costa Rica1987.

Nebenzahl, Kenneth **Atlas of Columbus and the Great Discoveries**. Italy: Rand MacNally 1990

Nietzsche, Friedrich Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral. En **Philosophy and Truth. Selections from Nietzsche's Notebooks of early 1870's**.London: Humanities Press International 1994.

O'Gorman, Edmundo **La invención de América** México:FCE. 1958

Rojas Mix, Miguel **Los Cien nombres de América**. Barcelona: Lumen 1992.

San Agustín **La Ciudad de Dios** Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. 3 era. ed 1978. Libro XVI, 8.

Varela Bueno, Consuelo **Americo Vespucci. Un Nombre para el Nuevo Mundo**. Madrid: Anaya. 1988.